



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:

Paz: a lo universal por lo profundo

Autor:

Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar:

Zea, L. (1991). Paz: a lo universal por lo profundo. *Cuadernos Americanos*, 2(26), 23-37.

Publicado en la revista:

Cuadernos Americanos

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año V, núm. 26, (marzo-abril de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PAZ: A LO UNIVERSAL POR LO PROFUNDO

Por *Leopoldo* ZEA
CCYDEL, UNAM

1. Uno como nosotros, no uno de nosotros

UN 15 DE FEBRERO DE 1950, *Cuadernos Americanos* publicó en sus ediciones *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. Cuarenta años más tarde, el 11 de octubre de 1990, la Academia Sueca anunciaba que se había otorgado el Premio Nobel de Literatura al poeta mexicano. Supe la noticia en Londres, en una primera plana del diario español *El País*. Me dio satisfacción y alegría no sólo porque era un literato más que en lengua española recibía el galardón, el quinto latinoamericano y además mexicano, sino porque este Nobel encarnaba en alguien para mí concreto, vivo en mi recuerdo, con el rostro de una persona que conocía y consideraba mi amiga. Persona con la que había conversado en diversas oportunidades, con los naturales acuerdos y desacuerdos; persona que recordaba en un minarete de Delhi haciendo gala de su extraordinaria inteligencia y sensibilidad. Pero también me enteré, por el mismo diario, de las resistencias y críticas de que estaba siendo objeto a partir de desacuerdos políticos en asuntos vitales para la región de la que es parte el poeta. Al mismo tiempo Paz insistía en afirmar su identidad como poeta, ajeno a sus opiniones políticas a las que considera incidentales. Opiniones que, de cualquier forma, están relacionadas con su obra como escritor, porque es el propio peso de esta obra el que da fuerza a esas opiniones.

Pero habría que analizar todo eso con serenidad, tanto por parte de los críticos como por la del propio Paz. Paz, el hombre, está ineludiblemente involucrado como poeta y como individuo con su tiempo y circunstancia. En su obra habrá que buscar la explicación de esta situación, especialmente en su ensayística y en el libro pu-

blicado hace cuarenta años cuyo reflejo se hace ahora expreso en el Discurso con el que Octavio Paz agradece ante la Academia Sueca el honor recibido. Mi paso en esos días por Europa me permitió el encuentro con diversos amigos europeos, experiencia a partir de la cual logré formar una imagen y una idea de lo que este hecho significa para la cultura de la región a la que pertenezco. Cultura que ahora alcanza un alto reconocimiento en el premio otorgado a Octavio Paz.

Hablando con varios amigos en París, un destacado especialista en la literatura y cultura latinoamericanas de la Universidad parisina comentaba el cambio de la Academia Sueca respecto del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura para Latinoamérica. "Ayer estos premios —comentaba— se venían otorgando a literatos que, de alguna forma, mostraban una obra distinta de la europea, y además tenían una actitud contestataria frente a la realidad política en que se expresaban. Así ocurrió con el premio a Gabriela Mistral y Pablo Neruda de Chile, a Miguel Ángel Asturias de Guatemala y recientemente a Gabriel García Márquez. En cambio no fueron reconocidas candidaturas como la del mexicano Alfonso Reyes y la del argentino Jorge Luis Borges. Escritores, ambos, cosmopolitas. Pero ahora se elige a Octavio Paz, un cosmopolita". "¿A uno de ustedes?", le pregunté. "No —corrigió— a uno como nosotros, no a uno de nosotros. De ser así se hubiera elegido a un Kundera, a un Havel o a algún otro candidato europeo". "¿Uno como nosotros, no uno de nosotros! Algo que me perturbó. Recuerdo las palabras de William Shakespeare en *Próspero* cuando éste increpa a Calibán: "Aunque aprendas de mí, tu origen te impedirá ser uno de nosotros".

Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, descartados diversas veces por la Academia Sueca para el galardón literario, buscaban insistentemente el reconocimiento de su obra como expresión de la literatura considerada universal. En *Notas sobre la inteligencia americana*, expuestas por Alfonso Reyes ante un destacado grupo de representantes de la cultura europea y estadounidense en una especie de alegato, pedía el reconocimiento de la mayoría de edad a que había llegado la cultura latinoamericana. "Reconocednos —decía— el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros". Jorge Luis Borges hizo expreso este alegato en diversas ocasiones. Aceptaba ser un latinoamericano, y por ello diferente, pero diferente por lo que consideraba era propio de esta región: la capacidad para hacer suyo lo universal en las

diversas expresiones de la universalidad. Algún periodista le preguntó si se consideraba europeo. Y Borges contestó: "No, yo soy latinoamericano. Si fuese europeo sería inglés y como tal hablaría de Shakespeare, Wilde y otros. O bien sería francés y hablaría de Montaigne, Voltaire, Valéry y otros. O bien alemán, y hablaría de Goethe, Schiller o Mann. Pero como latinoamericano que soy hablo de todos ellos". La preocupación por la realidad latinoamericana nunca fue ajena a Reyes o a Borges, por el contrario, estaba pertinazmente presente en ellos. Esa misma realidad que supuestamente había impedido a los latinoamericanos ser reconocidos como parte de la cultura universal. Realidad vista como una cadena o pecado, que pesaba sobre el transterrado europeo en el Cono Sur obligándolo a insertarse en la supuesta barbarie del continente para asumirlo como un pecado de sus mayores, o como fatalidades que impedirían al latinoamericano ser parte de lo universal. En uno y en otro caso la preocupación por ascender hacia lo universal a partir de la ineludible y limitada realidad que había tocado en suerte a los hombres de la región descubierta por Colón. Hacia lo universal por ascensión, cargando con el peso de la ineludible realidad histórica y cultural que se había heredado.

2. ¿Qué somos?

¿Es éste el caso de Octavio Paz? La clave está en el libro publicado hace cuarenta años, *El laberinto de la soledad*. Al iniciar este trabajo Paz se refiere a esa ineludible singularidad que imponen la realidad y la historia en que se nace. "La preocupación —escribe Paz— por el sentido de las singularidades de mi país, que comparo con muchos, me parecía hace tiempo superflua y peligrosa. En lugar de interrogarnos a nosotros mismos ¿no sería mejor crear, obrar sobre una realidad que no se entrega al que la contempla, sino al que es capaz de sumergirse en ella?". "Pensaba que una obra de arte o una acción concreta definen más al mexicano... que la más penetrante de las descripciones". Más que ascender, más que buscar fuera de sí hay que sumergirse, hay que penetrar en la propia realidad para transformarla, haciendo de ella instrumento por el que el hombre como ente concreto pueda expresarse. ¿Acaso no es esto lo que han hecho y están haciendo los creadores de la cultura calificada de universal, sin aspirar, en forma alguna, a ser como modelo alguno, sino simplemente siendo, creando y recreando este ineludible modo de ser?

Paz sabe que es menester conocer y penetrar la realidad. Es esa realidad que obliga a interrogarse sobre la ineludible y concreta expresión de identidad que distingue de otras identidades incluyendo formas de identidad que parecen no tener necesidad de interrogarse. "Pero así como el adolescente —dice Paz— no puede olvidarse de sí mismo —pues apenas lo consigue deja de serlo— nosotros no podemos sustraernos a la necesidad de interrogarnos y contemplarnos". Y agrega: "Las preguntas que todos nos hacemos ahora probablemente resulten incomprensibles dentro de cincuenta años. Nuevas circunstancias tal vez produzcan reacciones nuevas". Pero quiérase o no había que definir, precisar, la imagen que el hombre de esta región tiene de sí mismo. La imagen que una peculiar realidad le ha impuesto. Esta imagen adquirirá un especial perfil dentro del contrastante mundo en el que inicia Paz la búsqueda de la respuesta a tal preocupación, el mundo norteamericano. "Esa imagen, destacada sobre el fondo reluciente de los Estados Unidos —dice— fue la primera y quizá la más profunda de las respuestas que dio ese país a mis preguntas". Allí se hacía patente la dualidad interior del mexicano desarraigado de sí mismo, inmerso en otra realidad a la que debía acomodarse. De allí surgió la aguda descripción del "pachuco", del mexicano-norteamericano, del chicano, el latino o hispano de nuestros días.

Dualidad que se hace también expresa a lo largo de la historia de México, como en la América de la que es parte este país. "La historia de México —dice Paz— es la del hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, 'pocho', cruza la historia como un cometa de jade, que de vez en cuando relampaguea. . . Nuestra soledad tiene las mismas raíces que el sentimiento religioso. Es una orfandad, una oscura conciencia de que hemos sido arrancados del Todo y una ardiente búsqueda: una fuga y un regreso, tentativa por establecer los lazos que nos unían a la creación". Distinta ha sido la soledad que da identidad al norteamericano: "El mundo ha sido construido por él y está hecho a su imagen: es su espejo. Pero ya no se reconoce en esos objetos inhumanos, ni tampoco en sus semejantes". Mas, pregunta Paz, "¿para qué buscar en la historia una respuesta que sólo nosotros podemos dar? Si somos nosotros los que nos sentimos distintos ¿qué es lo que nos hace diferentes, y en qué consisten esas diferencias?". Se destacan algunas diferencias respecto del estado-unidense: "Me parece —dice Paz— que para los norteamericanos el mundo es algo que se puede perfeccionar; para nosotros, algo que

se puede redimir. Ellos son modernos. Nosotros . . . creemos que el pecado y la muerte constituyen el fondo último de la naturaleza humana”.

Han pasado cuarenta años desde que fueron escritas estas palabras, aún no los cincuenta de los que habla el mismo Octavio Paz. Sin embargo, en el discurso pronunciado por el escritor ante la Real Academia Sueca vuelven a hacerse expresas las preocupaciones que animaron *El laberinto de la soledad*. Ahora, como ayer, la afirmación de una identidad que, no por ser algo concreto, deja de ser universal, esto es, la propia del hombre, todo hombre como ente concreto que es y no abstracto. La expresión de una universalidad que se encuentra penetrando, no ascendiendo o abstrayendo, tomándolo en lo que es, no solicitando. “Estamos al fin solos —escribe Paz en *El laberinto*—. Como todos los hombres. Como ellos, vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y del ‘ninguno’: el de la soledad cerrada, que si nos defiende nos oprime y que al ocultarnos nos desfigura y mutila. Si nos arrancamos esas máscaras, si nos abrimos, si, en fin, nos afrontamos, empezaremos a vivir y pensar de verdad. Nos aguardan una desnudez y un desamparo. Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres”. Se llega así a la universalidad por lo concreto, profundizando en lo distinto, en lo individual, en lo personal; por aquello que hace de un hombre un hombre, y no abstracción de humanidad. Y a partir de esta toma de conciencia el no buscar más máscaras, el no cubrir lo que no se es con lo que ineludiblemente se es; se es como cualquier hombre de cualquier lugar del planeta.

Así el “es uno como nosotros, pero no uno de nosotros”, lejos de ser visto como ninguno, como complacencia o rechazo, ha de ser tomado como lo que obviamente se es, un modo concreto del hombre que en la ineludible diversidad de sus expresiones sólo se identifica como semejante a otros hombres por esa su también ineludible y concreta identidad. Paz expresa el problema de la distinción, del ser distintos los hombres entre sí, sin que por ello dejen de ser semejantes al resto de los hombres, al hablar en su discurso a la Academia Sueca del problema de la lengua como expresión. “Las lenguas —dice— nacen y crecen en su suelo: las alimenta una historia común. Arrancadas de su suelo natal y de su tradición propia. Plantadas en un mundo desconocido y por nombrar las lenguas europeas arraigaron en tierras nuevas, crecieron en las sociedades

americanas y se transformaron. Son la misma planta y son una planta distinta". "Mis clásicos son los de mi lengua y me siento descendiente de Quevedo como cualquier español. . . pero no soy español". "Somos y no somos europeos. ¿Qué somos entonces? Es difícil definir lo que somos, pero nuestras obras hablan por nosotros". Se plantea así la vieja y reiterada pregunta del libertador Simón Bolívar y la del civilizador Domingo Faustino Sarmiento: parecemos españoles, iberos, pero no somos ni españoles ni iberos; parecemos europeos y occidentales, pero no somos ni europeos ni occidentales. Somos como los españoles, los iberos, los europeos, los occidentales; pero no somos ellos, somos algo distinto que por serlo nos hace paradójicamente sus semejantes, como individuos, como hombres concretos y no simple remedo, reflejo y eco de otros hombres, de otras expresiones de humanidad.

3. *Encuentro con los otros*

TEMA central en *El laberinto de la soledad* fue la ambivalencia, la dicotomía, originada en etnias y culturas diversas que se dieron encuentro en la región de la tierra bautizada como América. De allí el obligado tener que elegir y por ello que amputar, de allí la hipocresía y el enmascaramiento. De allí también la búsqueda de modelos que nos permitiesen ser parte de lo que era presentado como universal. Conciencia en que se hace patente la serie de desgracias de que nos habla Alfonso Reyes, y que determinan nuestra identidad. El querer ser otro del que se es; el negar la propia e ineludible identidad, "el gaucho disfrazado con el frac" de Sarmiento al que criticó Martí, considerando que lo propio es algo típico, como extraño al hombre de civilización. La Revolución mexicana, dice Paz, replantea esta problemática: "Nos hizo salir de nosotros mismos y nos puso frente a la Historia, planteándonos la necesidad de inventar nuestro futuro y nuestras instituciones". Ya no imitar, o al imitar, como decía Antonio Caso, inventar un poco. "La Revolución mexicana —continúa Paz— ha muerto sin resolver nuestras contradicciones". La Segunda Guerra Mundial nos volvió a poner en contacto con la realidad, la misma del resto de los hombres, y nos obligó por ello a replantear nuestros problemas y a buscarles soluciones como lo hacen todos los hombres. "Vivimos, como el resto del planeta —dice Paz—, una coyuntura decisiva y mortal, huérfanos de pasado y con un futuro por inventar. La his-

toria universal ya es tarea común. Y nuestro laberinto, el de todos los hombres". Se vuelve a plantear el problema de la orfandad que se planteó a esta región al inicio del siglo XIX con su independencia política. Habrá que romper viejas máscaras pero no para imponerse nuevas máscaras, nuevos y obligados modelos. Crear, buscando en nosotros mismos lo universal que trasciende la orfandad y nos iguala con el resto de los hombres, incluyendo los occidentales.

Han pasado cuarenta años. Paz, en el *Discurso* a la Academia, rememora la insistente toma de conciencia sobre lo que separa a los hombres de esta América de los que han hecho la cultura europea y occidental, pese a que tal cultura la llevan los americanos en sus entrañas. "Los españoles encontraron en México —dice— no sólo una geografía sino una historia. Esa historia está viva todavía: no es un pasado sino un presente. El México precolombino, con sus templos y sus dioses, es un montón de ruinas, pero el espíritu que animó ese mundo no ha muerto". "Tal vez después de esta breve digresión sea posible entrever la extraña relación que, al mismo tiempo, nos une y separa de la tradición europea". "La conciencia de la separación —agrega— es una constante de nuestra historia espiritual. A veces sentimos la separación como una herida y entonces se transforma en una escisión interna", escisión que nos incita a salir al encuentro de los otros. Los otros, el mundo, de cualquier forma al alcance de los hombres de esta región por la imaginación. Peculiar relación que dos guerras mundiales hacen evidente al originar la conciencia de ruptura. Porque otra historia, que resulta universal, se estaba viviendo, y en ella nuestro propio mundo quedaba desalojado. Más que una historia, un presente. "Me sentí, literalmente, desalojado del presente", dice Paz. "Sentí que el mundo se escindía: yo no estaba en el presente. Mi ahora se disgregó: el verdadero tiempo estaba en otra parte". "Acepté lo inaceptable: fui adulto. Así comenzó mi expulsión del presente". Éste se encontraba en otras regiones de la tierra, en Europa y los Estados Unidos. "Había que salir en su busca y traerlo a nuestras tierras". "Buscaba la puerta de entrada al presente; quería ser de mi tiempo y de mi siglo". "Comenzó mi búsqueda de la modernidad".

Expulsión del presente, ruptura con el presente, con la modernidad, viejo problema para los hombres de esta nuestra región. Problema una y otra vez planteado, y una y otra vez sin resolver. El problema planteado a lo largo de la historia, tanto al español que, habiendo sido señor en América, se sabe, sin embargo, fuera del

presente del mundo moderno al que se han enfrentado sus antepasados. Problema que inquieta a criollos y mestizos en América, preocupados por romper con un poder que ha quedado fuera de la modernidad, fuera de las luces y del progreso. Problemas que tratarán de resolver los positivistas y civilizadores latinoamericanos trasplantando sangre y cultura de los centros de la modernidad. Problema que se plantea a la Revolución Mexicana en este nuestro siglo xx, al que describe Alfonso Reyes como el de un mundo al que no puede acceder nuestra América por la serie de desgracias históricas en que ha emergido. El mismo problema planteado por Borges y sus seguidores en el Cono Sur, considerados desterrados de la historia, de la cultura por excelencia y del presente. Siempre la búsqueda de una solución ascendiendo, buscando fuera de sí, aunque inútilmente, ganar el tiempo supuestamente perdido, "comiéndome ansias" y por ello improvisando una y otra vez, simulando logros, falsificando lo que inútilmente se trata de alcanzar, trepando en resbalosos postes o esperando que lo de arriba descienda por sí solo graciosamente.

Octavio Paz plantea otra solución al problema. Paz, en su búsqueda de la modernidad, descubrió "que no avanzaba sino que volvía al punto de partida: la búsqueda de la modernidad era un descenso a los orígenes. La modernidad me condujo a mi comienzo, a mi antigüedad. La ruptura se volvió reconciliación". La modernidad, agrega, "es un subproducto de la concepción de la historia como un proceso sucesivo, lineal e irrepetible". Concepción de la historia que parte de los mismos orígenes y el natural desarrollo de los mismos pueblos. En *El laberinto de la soledad* Paz habla de la preocupación filosófica de aquellos días, de la búsqueda de una supuesta filosofía mexicana, latinoamericana o americana. Para los mexicanos y latinoamericanos sólo existe una forma de entrar en lo universal, la de partir de la ineludible concreción de su humanidad. "¿Cómo han vivido los mexicanos las ideas universales?". A ese interrogante trató de responder la historia de las ideas en México y Latinoamérica. ¿Qué es lo que originó la peculiar adopción de ideas extrañas dándoles el sentido que no tenían para quienes les dieron origen? "Una filosofía mexicana —dice Paz— tendrá que afrontar la ambigüedad de nuestra tradición y de nuestra voluntad misma de ser que, si exige una plena originalidad nacional, no se satisface con algo que no implique una solución universal". "La mexicanidad será una máscara que, al caer, dejará ver al fin al hombre. Las circunstancias actuales de México transforman así el pro-

yecto de una filosofía mexicana en la necesidad de pensar por nosotros mismos unos problemas que ya no son exclusivamente nuestros sino de todos los hombres. Esto es, la filosofía mexicana, si de veras lo es, será simple y llanamente filosofía a secas". Filosofía sin más. Filosofía desde una ineludible realidad, desde un ineludible presente que obliga al filósofo, como decía José Gaos, a hacer la propia e ineludible filosofía de la historia. Esto es, a interpretar la historia universal desde la peculiar situación en que se encuentra todo hombre como expresión concreta de humanidad. El enfoque lineal, progresivo, de la historia, es, obviamente, el enfoque propio de unos hombres, de unos pueblos, pero otro tendrá que ser el enfoque de pueblos como los nuestros dentro de otras circunstancias. Otra expresión de la historia universal, distinta, pero no tan distinta que deje de ser parte de la historia universal como historia del hombre.

"En mi peregrinación en busca de la modernidad me perdí —dice Paz en su *Discurso*— y me encontré muchas veces. Volví a mi origen y descubrí que la modernidad no está fuera sino dentro de nosotros. Es hoy y es la antigüedad más antigua, es mañana y es el comienzo del mundo, tiene mil años y acaba de nacer". La modernidad "rompe con el pasado inmediato sólo para rescatar el pasado milenarior". "Perseguimos a la modernidad en sus incesantes metamorfosis y nunca logramos asirla". "Nos quedamos con las manos vacías. Entonces las puertas de la percepción se entreabren y aparece el *otro tiempo*, el verdadero, el que buscábamos sin saberlo: el presente, la presencia". Un presente que se hace expreso como acción, la acción en que ha insistido Paz. Son sus palabras al inicio de su meditación sobre *El laberinto de la soledad*: "¿no sería mejor crear, obrar sobre una realidad que no se entrega al que la contempla, sino al que es capaz de sumergirse en ella?". ¿No es éste, podríamos agregar, el secreto de la vitalidad de la cultura europea y occidental, que actúa sin más, sin complejos, sin preguntar sobre una identidad que acepta con sus claros y sus oscuros, sin remordimientos y no como pecado? La solución al problema de identidad está en aceptarse como se es, en ser concreto sin complejos de ninguna especie. A la universalidad se llega así, penetrando en lo profundo. En la propia soledad, en el quedarse supuestamente solo, es donde una soledad se encuentra con otras soledades, con todos los solitarios de la tierra; solitarios como lo son todos los hombres, por su ineludible personalidad, por su individualidad, a partir de la cual los hombres se parecen entre sí.

4. *Del nosotros a los otros*

LA modernidad es un modo de ver el presente; ha sido el modo de hacer la historia de los pueblos llamados occidentales. Un modo de ser y de hacer, en relación con un futuro que Paz considera está ahora en su crepúsculo. "Asistimos al crepúsculo del futuro. La baja de la idea de modernidad, y la boga de una noción tan dudosa como 'post-modernidad'", dice Paz en el *Discurso*. Está ya "en entredicho la concepción de un proceso abierto hacia el infinito y sinónimo de progreso continuo". Se están agotando los recursos naturales, se altera la ecología, al mismo tiempo que se amenaza al hombre con armas devastadoras. Cadalsos, tiranos, guerras y barbarie son el precio del progreso. "La supuesta racionalidad de la historia se ha evaporado". Es el fin de una historia, no de la historia; el determinismo histórico pasa al vacío. "La historia es imprevisible porque su agente, el hombre, es la indeterminación en persona". Esto es, agreguemos, porque es fuente de toda posible libertad, tanto para bien como para mal. Fin de la utopía. "El derrumbe de las utopías ha dejado un gran vacío —dice Paz—, no en los países en donde esa ideología ha hecho sus pruebas y ha fallado, sino en aquellos en los que muchos la abrazaron con entusiasmo y esperanza". "Por primera vez en la historia los hombres viven una suerte de intemperie espiritual y no como antes, a la sombra de esos sistemas religiosos y políticos que nos oprimían y nos consolaban". Esto es universal, pero en especial es algo propio de esta nuestra América. Una América cuyos hombres creyeron en utopías como las del progreso ayer y las del comunismo hoy para solucionar sus seculares problemas; problemas a partir de ese 1492 en que se da inicio la conquista y colonización de todo un continente descubierto y, a partir de allí, del resto del mundo no occidental. Utopías como máscaras extrañas al rostro de la realidad que en esta América había que enfrentar para resolver problemas.

Paz habla también con escepticismo de la nueva utopía, de la que se quiere convencer a pueblos como los nuestros, la economía de mercado que parece se alza triunfante sobre el derrumbe de la utopía del socialismo real. Socialismo que al caer hace en Latinoamérica añicos una máscara más, la de la opción para resolver una vez más los seculares problemas de la región. "El triunfo de la economía de mercado —sigue Paz en su *Discurso*—, un triunfo por *default* del adversario, no puede ser únicamente motivo de regocijo. El mercado es un mecanismo eficaz pero, como todos los meca-

nismos, no tiene conciencia y tampoco misericordia". Las sociedades democráticas desarrolladas han alcanzado una prosperidad envidiable; así son islas de abundancia en el océano de la miseria universal". Se trata, ni más ni menos, agreguemos, del regreso al pasado en el que la Inglaterra del siglo XVIII castiga a sus ciudadanos más débiles y la Europa y los Estados Unidos del XIX castigan a otros ciudadanos, no sólo de la Europa y el Mundo Occidental, sino de los pueblos bajo colonización, para así posibilitar, según ellos, una prosperidad semejante a la que ahora se vuelve a anunciar. Otra vez libre comercio, libertad para trabajar, pero bajo las condiciones que impongan los dueños de los instrumentos de producción o el morir de hambre. La vuelta al pasado que originó el socialismo ahora en crisis sin resolver los problemas que lo posibilitaron.

¿Fin de las utopías? Más bien —dice Paz— fin de la historia como un desarrollo que se conoce de antemano. Para esta nuestra América, el fin de la utopía que otros pueblos imponían a nuestros pueblos. Es el fin de la utopía de la que nos habla Fernand Braudel cuando escribe: "¿América no es la explicación fundamental de Europa? ¿Acaso Europa no ha descubierto, inventado América y celebrado el viaje de Colón como el mayor acontecimiento de la historia?". "América es el hacer de Europa". Por ello "Europa tuvo pacientemente que reconstruir a América a su imagen y semejanza para que empezase a responder a sus deseos". Una América vacía de sí misma que debería ser llenada por Europa, y "esto sólo podía ser si el hombre de esta región estaba sólidamente apresado a ella obligado a una tarea: la servidumbre, la esclavitud, antiguas cadenas que renacen por sí solas como una necesidad o una maldición". Tal es la utopía que está en crisis, la utopía de los otros. Los otros que ahora se niegan a aceptar la búsqueda de utopías que estén fuera de su propio y peculiar mundo, como la Casa Común Europea como ahora la llaman. La utopía europea, como se va construyendo, la utopía asiática, frente a una América que va dejando de ser utopía, incluyendo la utopía estadounidense.

La experiencia de la libertad de la Europa del Este surge triunfante poniendo fin a una ideología impuesta por los tanques soviéticos. Sin embargo, no anula ni limita la secular experiencia de libertad de los pueblos de esta nuestra América. Se anula para esta América una utopía como antes se anulaban otras utopías. Utopías fuera del continente, que obligan a sus hombres a enfrentar el presente en vistas a un futuro que ha de serles propio como el que

viene reclamando el Mundo Moderno, el que reclama la Europa unida y el que vienen ya reclamando todos los pueblos, pero a partir de sus propias y singulares experiencias. Ya sin andaderas, los pueblos en esta región de América tendrán que resolver sus seculares problemas como algo propio de todos los hombres, pero a partir de su ineludible concreción. La economía de mercado, como expresión de una nueva sociedad, no es ni puede ser una nueva y prestada utopía para pueblos como el nuestro, como tampoco lo fue, en su momento, la democracia estadounidense, la democracia sin adjetivos, que por sus limitaciones, por no aceptar para otros lo que reclama para sí, puede ser adjetivada como mezquina. Tanto el libro de Octavio Paz publicado hace cuarenta años como su reciente *Discurso* ante la Real Academia Sueca eliminan malos entendidos, quizá malas lecturas o equívocos. Ahora, con claridad, se hace patente la búsqueda de lo universal en la solidaridad, en la relación horizontal entre los hombres; a partir de la profundización del modo de ser del hombre concreto, tan concreto como el mexicano o el latinoamericano. Un pasado asimilado y un futuro por hacer a partir del presente, nuestro presente, que por serlo, es también el propio de todos los hombres: conocerse a sí mismo, para así conocer a los otros y hacerse conocer por ellos.

5. La identidad como universalidad

“UNO como nosotros, pero no uno de nosotros”. Esto es, un hombre como nosotros, pero distinto de nosotros por ser, precisamente, un hombre. Es de esa diversidad que iguala nuestra propia humanidad con otras expresiones de lo humano de la que habla Octavio Paz tanto en *El laberinto de la soledad* como en su *Discurso* ante la Real Academia Sueca. Diferencias expresadas en la lengua, en la expresión del hombre de esta región que, aun sirviéndose de lenguas originadas en Europa, adquiere aquí su especial matiz. Diferencias que se hacen expresas en el mismo continente americano. “La primera y básica diferencia entre la literatura latinoamericana y la angloamericana —dice Paz en la Academia— reside en la diversidad de sus orígenes”. “Unos y otros comenzamos por ser una proyección europea”. Ellos, los sajones, de una isla, y nosotros de una península. “Dos regiones excéntricas por la geografía, la historia y la cultura”. Dos regiones de Europa —agreguemos— mar-

ginadas del continente europeo, cuna y centro del Sacro Imperio Romano que sustituye al Imperio Romano que tiene su señorío en el Mediterráneo. Dos regiones marginadas, una por propia decisión y otra, como la ibera y la rusa, por un mestizaje originado en el ineludible encuentro, como pueblos que son de frontera, con pueblos de otras razas y culturas, iberos con moros, rusos con mongoles. Pueblos fuera del centro de la Europa por excelencia. La Gran Bretaña apartada por el Canal; Iberia por los Pirineos. Unos marginados por decisión propia como los sajones y otros por ser distintos, como los iberos. Algo semejante sucede en América. "Ellos —dice Paz hablando de los estadounidenses— vienen de Inglaterra y la Reforma; nosotros de España, Portugal y la Contrarreforma". Ambos de distintas naciones del Continente Europeo, pero excéntricas. "España no es menos excéntrica que Inglaterra, aunque lo es de manera distinta. La excentricidad inglesa es insular y se caracteriza por el aislamiento: una excentricidad por exclusión. La hispana es peninsular y consiste en la coexistencia de diferentes civilizaciones y pasados: una excentricidad por inclusión". Una, agregaríamos, repele razas y culturas que considera contaminantes; la otra las incluye, mestiza, asimilando expresiones de lo humano que la van poniendo en relación con su no menos peculiar historia. De allí la mezquindad de la democracia anglosajona frente al afán de una democracia universal como la que soñaba Bolívar tanto para América como para el resto de la tierra. En América la excentricidad ibérica se reproduce, se multiplica, se amplía y asimila múltiples expresiones de lo humano. Tal es lo que buscando en lo profundo de sí mismo se encuentra en Latinoamérica como algo peculiar. Peculiaridad que incluye, hace suyos a hombres y culturas diversos.

¿Cómo es que se ha dado esta peculiaridad, algo que parece propio de esta nuestra región? Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* hace una descripción del hecho histórico en que tuvo origen esta especial identidad. La descripción o fenomenología de la "chingada". De la violación por lo que brutalmente lo diverso se conjuga. La india con el español, la Coatlicue con la Guadalupeana, como se expresa extraordinariamente en la capilla de Tonantzintla de Puebla. La violación como punto de partida de una brutal asunción, pero con ella los complejos respecto de una identidad que siendo ineludiblemente única no se quiere aceptar por vergonzosa.

El insulto que el mexicano expresa como "hijo de la chinga-

da" no es el insulto español y de otras regiones de nuestra América y de la tierra, cuando dice "hijo de puta". Chingada es la mujer violada, esto es, obligada a fornicar. Puta es la mujer que fornicar por placer o conveniencia. En el primer caso la asunción o unidad es realizada por la fuerza, por la violencia, por ello el fruto de la misma es visto como bastardo. De allí el individuo que sabe que no puede ser como el padre que lo engendró, pero que tampoco quiere ser como la madre humillada, sometida. Por esto es que no se puede celebrar o festejar en la región un hecho histórico como el llamado descubrimiento de América. Porque ningún pueblo, que sepamos, celebra la conquista ni la agresión: los ingleses conmemoran el desembarco de Guillermo el Conquistador pero no lo celebran, tampoco celebran los árabes las cruzadas, ni los francos su derrota en ellas. Para la América Latina esto es más que un doloroso hecho de la historia, de aquí se originaron los problemas de identidad de los pueblos que surgieron en esta región después de este brutal encuentro. El "descubrimiento —ha declarado Paz— ha sido fértil en acontecimientos". El acontecimiento mismo, agregaríamos, del que surge la ineludible originalidad del hombre de la región. Una originalidad de cuyo extraordinario alcance está ya tomando conciencia este mismo hombre.

Toda esta historia tiene su origen en la misma Península Ibérica, en donde confluyen razas y culturas como posteriormente confluirán en la América bajo dominio ibérico. Allí en Iberia se inicia lo que se va a continuar en gran escala en esta parte del Nuevo Continente marcando con fuerza al hombre que aquí surge. El violador de indios, el español o ibero, es también fruto de un mundo de mujeres violadas por otros conquistadores, los cuales también le impusieron no sólo su sangre y linaje sino el modo de expresión de su cultura. El español que conquista y coloniza América, apenas acaba de superar otro dominio, otra conquista aún más larga que la que sufrirá esta región de América, la árabe, la del moro que se inicia en el año 711 y termina precisamente en 1492 con la caída de Granada. El moro Tarik cruzó el estrecho que separa a la Península Ibérica de África en un día de abril del año 711. En esta fecha se inicia la larga conquista y dominación de la Península, como se inicia con el desembarco de Colón un 12 de octubre de 1492 la conquista y colonización del nuevo continente. Tarik y sus capitanes hacen en la Península Ibérica lo que Cortés, Pizarro, Balboa y otros muchos hicieron en América. Así como los iberos violan indias dando origen a otra raza, los moros que siguen

a Tarik violan godas y dan inicio a otra expresión de humanidad, a esa humanidad excéntrica por inclusión de que habló Paz. Los moros reclamarán para su satisfacción mujeres godas, como los iberos reclaman para la suya, indias y africanas. El resultado, pese a la violencia y la vergüenza que puedan sentir los frutos de este encuentro, ha sido, pese a todo, como diría Paz: "fértil en acontecimientos". Los mexicanos celebraremos y festejaremos el 12 de octubre de 1492 cuando los españoles celebren y festejen también ese día de abril del año 711. No el brutal origen, sino lo que se originó de él y su alcance para el futuro, como un modo de ser incluyente y no excluyente, capaz de asimilar y no de rechazar.

Fue en este acontecimiento que José Vasconcelos vio una nueva y extraordinaria utopía, la de la Raza Cósmica; raza de razas, cultura de culturas. Expresión de una humanidad abierta a todas las expresiones de lo humano. La universalización por asunción, por suma de razas y culturas sin ver en ello la contaminación que angosta y origina hombres en instituciones mezquinas. A lo universal se llega por lo profundo, buscando en la propia y peculiar identidad la expresión de los demás. Esto es, conviviendo, comulgando y con ello enriqueciendo, universalizando lo peculiar sin que por ello deje de ser peculiar. Un presente rico, y por rico abierto al futuro de una universalidad por asimilación de lo humano.

No sé si estas elucubraciones o meditaciones que partiendo de sí mismo encuentro en la obra de Paz concuerdan con lo que él ha querido expresar cuando dice: "Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres". Expresiones de la multiplicidad de lo humano que de muchas formas llevamos todos dentro. Expresiones que ayer nos perturbaban pero que han dejado de perturbarnos, para hacerlas nuestras y aceptarlas en su multiplicidad, su diversidad, como algo propio de esta nuestra identidad que nos identifica con el resto de los hombres. Hombres distintos, pero no tan distintos que dejen de ser hombres. Esto es, individuos y no simple copia, eco o sombra de otros individuos.